

indiscutible probidad mercantil son bien conocidas en el departamento.

Un murmullo de aprobación circuló entre los presentes. Tan sólo algunas personas miraban al señor Kahn, quien se esforzaba en sonreír, con los labios como la cera. Rougón había escuchado, medio entornados los ojos, como molestado por la excesiva claridad. Cuando volvió á abrirlos, su mirada se había ensombrecido. Al principio habíase propuesto hablar con gran concisión; mas ahora tenía que salir á la defensa de uno de los suyos. Dió tres pasos y se encontró al borde de la tienda; y allí, con ademán, cuya amplitud parecía dirigirse á toda la atenta Francia, comenzó:

—Permitidme, señores, que traspase esas colinas con el pensamiento, que abarque el imperio todo con una mirada y hacer extensiva por tal modo la solemnidad que aquí nos reúne para ensalzar y glorificar la fiesta del trabajo industrial y mercantil. En el preciso instante en que os hablo, del norte al mediodía, se abren canales, se construyen vías férreas, se horadan montañas, se alzan puentes...

Reinó un profundo silencio. En medio de sus frases, percibíanse las rumorosas frondas y la estruendosa voz de una esclusa, allá en lontananza. Los bomberos, que por su marcial apostura rivalizaban, bajo el ardiente sol, con los soldados, dirigían miradas oblicuas, para ver hablar al ministro, sin tener que volver el pescuezo. En la falda de las colinas, los espectadores habían acabado por ponerse á su comodidad; las señoras se habían sentado, después de extender sus pañuelos en el suelo; dos caballeros, á quienes alcanzaba el sol, acababan de abrir los quitasoles de sus señoras. Y en esto la voz de Rougón iba tomando cuerpo, poco á poco. Parecía

hallarse molesto en el fondo de aquel agujero, como si el valle no hubiese contado con la suficiente amplitud para sus ademanes. Con sus manos, bruscamente extendidas hacia adelante, parecía querer despejar el horizonte á su alrededor. Dos veces seguidas dirigió su mirada al espacio infinito: mas sólo percibió allá arriba, un pedazo de cielo, en que se destacaban los molinos, cuyos desvencijados esqueletos crujían bajo el sol.

El orador se había apoderado del tema del señor Kahn, dándole mayores proporciones. No era ya tan sólo el departamento de los Deux-Sèvres, el que entraba en una era de prosperidad milagrosa, éralo también Francia entera, merced al empalme de las líneas de Niort á Angers. Durante diez minutos extendióse en enumerar los incalculables beneficios con que se verían colmadas las poblaciones. Elevó las cosas hasta el extremo de hablar de la mano de Dios. Después dió contestación al ingeniero jefe; no discutía su discurso, no hacía á él ninguna alusión; decía sencillamente todo lo contrario de lo que aquél había dicho; insistiendo sobre la abnegación del señor Kahn, mostrándole modesto, desinteresado, grandioso. La parte económica de la empresa, teníaale completamente tranquilo. Se sonreía y amontonaba con rápido ademán fuentes de riqueza. Entonces los bravos le cortaron la voz.

—Señores, una última palabra para terminar—dijo después de haberse secado los labios con el pañuelo.

La última palabra duró un cuarto de hora largo de talle. Se embriagaba é iba más allá de lo que habría querido. Hasta en la peroración, como si se hallase en la mayor grandeza del imperio y celebrando la alta inteligencia del emperador, dió

á entender que Su Majestad patrocinaba por modo especial el entronque de Niort con Angers. La empresa se convertía en negocio del Estado.

Resonaron tres salvas de aplausos. Una bandada de cuervos, que volaba en el puro cielo, á considerable altura, se espantó lanzando prolongados graznidos. Tras de la última frase del discurso, la Sociedad filarmónica se había puesto á tocar, obedeciendo á una señal partida de la tienda; mientras que las damas, aplastándose las faldas, se levantaban de prisa y corriendo, deseosas de no perder lo más mínimo del espectáculo. Entretanto, en torno á Rougón, los invitados sonreían entusiasmados. El alcalde, el procurador imperial, el coronel del 78.^o de línea, movían á uno y otro lado la cabeza, al oír al diputado admirarse á media voz en forma de ser oído por el ministro. Pero el más entusiasta era, con seguridad, el ingeniero jefe de puentes y calzadas; afectaba un servilismo que pasaba de la raya, con la boca torcida, como aterrado por las magníficas palabras del gran hombre.

—Si Su Excelencia se digna seguirme—dijo el señor Kahn, cuyo rostro sudaba de alegría.

La solemnidad tocaba á su fin. Su Excelencia iba á pegar fuego á la primera mina, y al efecto se había pasado orden á la banda de obreros con blusas nuevas. Aquellos individuos precedieron al ministro y al señor Kahn en la zanja, y se colocaron en el fondo en dos hileras. Un contramaestre tenía un extremo de la cuerda encendida, y lo presentó á Rougón. Las autoridades, que se habían quedado bajo la tienda, estiraban el pescuezo. El público esperaba con ansiedad. La Sociedad filarmónica tocaba sin darse punto de reposo.

—¿Acaso va á hacer eso mucho ruido?—preguntó

con impaciente sonrisa la mujer del provisor á uno de los dos substitutos.

—Eso será según la clase de roca—se apresuró á contestar el presidente del tribunal de comercio, que se engolfó en explicaciones mineralógicas.

—En cuanto á mí, yo me pongo algodón en las orejas—murmuró la mayor de las tres hijas del conservador de aguas y bosques.

Rougón, con la cuerda encendida en la mano, en medio de toda aquella multitud, sentíase un si es ó no es ridículo. Allá arriba, en la cima de las colinas, los esqueletos de los molinos crujían á más y mejor. Apresuróse el ministro entonces y prendió fuego á la mecha, cuyo extremo—entre dos piedras—le indicó el contramaestre. En seguida un obrero sopló prolongadamente una bocina. Toda la banda se echó á un lado. El señor Kahn se había llevado más que de prisa á Su Excelencia bajo la tienda, demostrando una inquieta y cariñosa solicitud.

—Bueno, ¿no estalla eso?—balbuceó el registrador de hipotecas, quien parpadeaba de ansiedad y con el loco impulso de taparse los oídos, como las mujeres.

La explosión no se efectuó hasta al cabo de dos minutos. Por sí ó por no, se había puesto una mecha interminable. La espectación de los circunstantes rayaba en angustia; todos los ojos, fijos en la peña roja, se imaginaban verla mover; personas nerviosas decían que aquello les desgarraba el pecho. Por último oyóse una sorda conmoción, hendióse la peña, mientras que un sin fin de fragmentos, gruesos como dos puños, lanzábanse al espacio, envueltos en un torbellino de humo. Y todo el mundo tocó soleta. Oíanse estas palabras, cien veces repetidas;

—¿No huele usted á pólvora?

Por la noche el prefecto dió una comida, á la que asistieron las autoridades. Había repartido nada menos que quinientas invitaciones para el baile que se efectuó después, el cual resultó sobremanera espléndido. El gran salón estaba profusamente engalanado con plantas naturales, y habíanse agregado en los cuatro ángulos sendas arañas, cuyas bujías, en unión de las de la araña central, difundían una claridad extraordinaria. Niort no guardaba memoria de tan deslumbrador espectáculo. El fulgor de las seis ventanas iluminaba la plaza de la Prefectura, en donde se apiñaban más de dos mil curiosos, abriendo tanto ojo para poder ver los bailes. Hasta la orquesta se oía con tanta claridad, que los pilluelos, allá abajo, organizaban galopes en las aceras. Desde las nueve las damas, nadando en sudor, se abanicaban, los refrescos circulaban, y tras de las tandas de rigodones, venían los valeses y las polcas. Junto á la puerta, Du Poizat, ceremonioso como el que más, recibía á los rezagados, con benévolas sonrisas.

—¿No baila Vucencia?—preguntó atrevidamente á Rougón la esposa del provisor del liceo, que acababa de entrar, vestida con un traje de muselina muy clara, sembrada de estrellas de oro.

Rougón se excusó sonriendo. Hallábase en pie, junto á una ventana, en medio de un grupo. Y sosteniendo, así y todo, una conversación sobre la revisión del catastro, dirigía miradas á la parte de afuera. Al otro lado de la plaza, á la viva claridad con que las arañas iluminaban las fachadas, acababa de columbrar, en una de las ventanas del hotel de París, á madama Correur y á la señorita Herminia Villecoq. Allí permanecían, mirando la fiesta, con los codos apoyados en la baranda como en la

de un palco. Sus rostros aparecían relucientes, con las gargantas al aire y henchidas de sonrisas, cuando les llegaban ciertos cálidos vapores de la fiesta.

Entretanto, la esposa del provisor acababa de recorrer el gran salón, insensible á la admiración que la amplitud de su falda producía á toda la amable juventud. Se hallaba en busca de alguien con la mirada, sin cesar de sonreír y en lánguida actitud.

—¿Parece que el señor comisario central no ha venido?—acabó por preguntar á Du Poizat, quien la interrogaba acerca de la salud de su marido. Tenía prometido un vals al seductor comisario.

—Pero debía de estar aquí—contestó el prefecto;—me sorprende el no verle. Hoy ha tenido que desempeñar una comisión; solo que me había prometido hallarse aquí á las seis.

Hacia el medio día, después de almorzar, Gilquin se había ausentado de Niort, á caballo, para ir á prender al notario Martineau. Coulonges se hallaba á cinco leguas de allí. Contaba con encontrarse allí á las dos y poder emprender el regreso sobre las cuatro á más tardar, lo que le permitiría no faltar al banquete, á que había sido invitado. Por lo tanto no apresuró el andar de su cabalgadura, contoneándose sobre la silla, prometiéndose en su fuero interno el ser la mar de emprendedor, por la noche, en el baile, con cierta persona rubia, á la que no ponía más defecto que ser un poquitín flaca; se perecía por las mujeres de buenas carnes. Una vez en Coulonges, se apeó en el hotel del León de Oro, en donde un sargento y un par de gendarmes debían esperarle. De aquel modo, nadie se fijaría en su llegada; se alquilaría un carruaje, se «embalaría» al notario, sin que ninguna vecina metiese las narices. Pero los gendarmes no habían acudido á

la cita. Gilquin les esperó hasta las cinco, blasfemando como un hereje, bebiendo un *grog* tras otro y mirando el reloj cada cuarto de hora. No había que pensar en hallarse en Niort para el banquete. Mandaba ya ensillar el caballo, cuando, por último, compareció el sargento, seguido por sus dos hombres. Había habido una mala inteligencia.

—Bueno, bueno, no tienen ustedes para qué excusarse, ya no tenemos tiempo—gritó hecho un demonio el comisario central.—Son las cinco y cuarto. Aprehended á nuestro individuo y que la cosa no trascienda. Es preciso que nos hallemos rodando por esos trigos dentro de diez minutos.

Por regla general, Gilquin era buena persona. Preciábase, en el cumplimiento de sus funciones, de estar dotado de perfecta urbanidad. Aquel día hasta había concebido un plan complicado, á fin de evitar emociones demasiado fuertes al hermano de madama Correur; él debía de entrar solo, en tanto que los gendarmes se estacionarían, con el coche, á la puerta del jardín, en un callejoncillo que daba al campo. Mas las tres horas de espera en el León de Oro le habían sacado de quicio por tal manera, que echó en olvido tan hermosas precauciones. Atravesó el pueblo y fué á llamar ruidosamente en casa del notario, á la puerta de la calle. Dejóse un gendarme delante de aquella puerta; el otro dió la vuelta, para vigilar las tapias del jardín. El comisario había entrado en la casa con el sargento. De diez á doce curiosos miraban azorados desde lejos.

Al ver los uniformes, la doméstica que había abierto, sobrecogida de terror pánico, desapareció gritando y repitiendo con toda su fuerza, esta sola palabra:

—¡Señora, señora, señora!

Una mujer pequeña y regordeta, cuyo rostro demostraba gran sosiego, bajó poco á poco la escalera.

—Sin duda es usted la señora de Martineau—dijo Gilquin con rápida expresión.—Siento decir que vengo á cumplir una misión por demás triste. Vengo á poner á buen recaudo á su marido de usted.

La señora juntó sus pequeñas manos, en además de súplica, mientras que sus descoloridos labios se echaron á temblar. Mas no dejó escapar un solo grito, y quedóse en el último escalón, interceptando la escalera con sus faldas. Dijo que quería ver el auto de prisión, pidió explicaciones, dando largas al asunto.

—¡Atención! El «particular» se nos va á escapar de entre los dedos—murmuró el sargento al oído del comisario.

Sin duda la señora oyó. Contemplóles un instante, y con su tranquilo ademán, dijo:

—Suban ustedes, señores.

Y ella subió delante. Introdújoles en un gabinete, en medio del cual el señor Martineau se mantenía en pie, puesto de bata. Los gritos de la criada acababan de hacerle dejar el sillón en que pasaba los días enteros. De aventajada estatura, con las manos como muertas y el rostro cual la cera pálido, no ofrecía vivos más que los ojos, ojos negros, dulces al par que enérgicos. La señora de Martineau lo señaló con silencioso gesto.

—¡Gran Dios! señor—empezó diciendo Gilquin;—vengo á cumplir una triste misión...

Cuando hubo terminado, el notario movió la cabeza, sin pronunciar una palabra. Un ligero estremecimiento agitaba la bata asentada sobre sus extenuados miembros. Por último dijo con extremada cortesía:

—Está bien, señores, voy á seguirles á ustedes.

Entonces púsose á andar en la habitación, poniendo en orden los objetos que se veían acá y allá sobre los muebles. Cambió de lugar un paquete de libros. Pidió á su mujer una camisa limpia. El escalofrío que de él se había apoderado, se hacía más violento. La señora de Martineau, viéndole tambalearse, iba en pos de él, con los brazos extendidos para recibirle, en caso de venirse al suelo, como se va detrás de un niño.

—¡De prisa, de prisa, caballero!—repetía Gilquin.

El notario dió dos vueltas más; y, bruscamente, sus manos se agitaron en el aire y vino á dar con su cuerpo en un sillón, retorcidos, entorpecidos los miembros con un ataque de parálisis. Su esposa lloraba con copiosas y mudas lágrimas.

Gilquin había sacado el reloj.

—¡Rayos y truenos!—gritó.

Eran las cinco y media. Ahora no tenía otro remedio que renunciar á hallarse de regreso en Niort para el banquete de la prefectura. Antes que se hubiese metido á aquel hombre en el coche, iba á perderse por lo menos media hora. Trató de consolarle jurando por la laguna Estigia que no faltaría al baile; precisamente se acordaba de que había comprometido á la esposa del provisor para el primer vals.

—Nos hace la mamola—le susurró el sargento al oído.—¿Quiere usted que me encargue de poner al sujeto más derecho que un uso?

Y, sin esperar respuesta, adelantóse y dirigió atentas exhortaciones al notario para invitarle á no burlar á la justicia. El notario, con los ojos cerrados y apretados los labios, conservaba una rigidez de cadáver. Poco á poco el hijo de Marte se fué amos-

tazando, tomóla por la tremenda y acabó por llevar su pesada mano al cuello de la bata. Pero la señora de Martineau, tan quieta hasta entonces, le rechazó rudamente y se plantó delante de su marido, apretando sus puños de devota resuelta y dispuesta á todo.

—Es una engañifa, se lo aseguro á usted—repetía el sargento.

Gilquin se encogió de hombros. Estaba resuelto á cargar con el notario muerto ó vivo.

—Mande usted que uno de sus hombres vaya en busca del coche al León de Oro. Ya tengo prevenido al posadero.

Así que salió el sargento, se acercó á la ventana y miró con satisfacción el jardín, en donde los albaricoqueros se hallaban en flor. Y encontrábase de esta suerte distraído, cuando sintió que le tocaban en el hombro; la señora de Martineau, en pie á su espalda, le preguntó, con los ojos ya enjutos y la voz entera:

—Supongo que ese carruaje será para usted. No creo que pueda usted intentar llevarse á mi marido, en el estado en que se encuentra.

—¡Dios mío, señora!—dijo por la tercera vez,—mi misión es penosísima.

—¡Pero eso es un crimen! Usted le mata... A usted no se le ha encargado que le mate; así al menos lo supongo.

—Tengo severas órdenes que cumplir—contestó con más aspereza, queriendo poner coto á las súplicas que prevenía.

La señora de Martineau hizo un gesto terrible. Una furibunda cólera subió á su rostro de gorda burguesa, mientras que sus miradas se convertían en torno á la estancia, como en busca de algún

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE HISTORIA
CONFERENCIA

medio supremo de salvación. Mas, con un esfuerzo de la mente, se aquietó, volvió á su actitud de mujer fuerte que no contaba con sus lágrimas.

—Dios le castigará á usted, caballero—le dijo sencillamente, después de un instante de silencio, durante el cual no le quitó la vista de encima.

Y sin un sollozo, sin una súplica, fué á acodarse en el respaldo del sillón en que su marido agonizaba. Gilquin se había sonreído.

En aquel momento, el sargento, que había ido en persona al León de oro, volvió diciendo que el hostalero aseguraba que por el pronto no podía disponer de ningún vehículo. El rumor de la detención del notario, muy querido en la comarca, debió de haberse extendido. El posadero, con toda seguridad, ocultaba sus carruajes; dos horas antes, interrogado por el comisario central, se había comprometido á reservarle un viejo cupé, que alquilaba comúnmente á los viajeros para sus paseos por los alrededores de la población.

—¡Registre usted la posada!—gritó Gilquin, vuelto á enfurecerse ante aquel nuevo obstáculo;—registren ustedes todas las casas del pueblo... ¿Se burlan acaso de nosotros? Me esperan y no tengo tiempo que perder... Le doy á usted un cuarto de hora ¿lo oye usted?

El sargento volvió á desaparecer, llevándose á sus hombres, á quienes despachó en distintas direcciones. Transcurrieron tres cuartos de hora, luego cuatro, después cinco. Al cabo de hora y media, un gendarme se presentó en fin cariacontecido; todas las pesquisas habían resultado inútiles. Gilquin, dominado por la fiebre, yendo de la puerta á la ventana, veía que la obscuridad se venía encima. No había que poner en tela de juicio, que romperían el

baile haciendo caso omiso de su persona; la mujer del provisor lo achacaría á falta de educación; quedaría en ridículo, paralizaría sus medios de seducción. Y cada vez que pasaba por delante del notario, sentía que la cólera le ahogaba; nunca un malhechor le había puesto en tan prietas calzas. El notario, cada vez más frío, más lívido, permanecía rígido, sin el menor movimiento.

Rato hacía que habían dado las siete, cuando el sargento se volvió, á presentar, radiante de satisfacción. Había encontrado por último el desventajado simón del posadero, oculto en el fondo de un sotechado, á un cuarto de legua del pueblo. El vehículo fué encontrado enganchado y todo, y el haber dado con él habíase debido al relincho del cuadrúpedo. Pero cuando el coche estuvo á la puerta, fué menester vestir al señor Martineau, en cuya operación se invirtió un buen rato. La señora de Martineau, con grave lentitud, púsole medias y camisa blancas; luego le vistió todo de negro, pantalón, chaleco, levita. En modo alguno consintió en que le ayudase ningún gendarme. El notario se abandonaba, sin resistencia, en brazos de su consorte. Habíase encendido una lámpara. Gilquin golpeaba sus manos de impaciencia, mientras que el sargento, inmóvil, reproducía en el techo la enorme sombra de su tricornio.

—¿Hemos acabado, hemos acabado?—repetía Gilquin.

La señora de Martineau registraba un mueble hacía cinco minutos. Sacó un par de guantes negros y los metió en un bolsillo de su esposo.

—Supongo, caballero—dijo,—que me permitirá usted subir al coche. Quiero acompañar á mi marido.

—Es imposible—contestó grosera y destempladamente Gilquin.

La señora se contuvo y no insistió.

—A lo menos—repuso,—me permitirá usted que le siga.

—Los caminos son libres,—contestó.—Pero no encontrará usted coche, porque no los hay en todo el país.

La dama se encogió ligeramente de hombros y salió para dar órdenes. Diez minutos después paróse un cabriolé á la puerta, detrás del simón. Hubo entonces que bajar al señor Martineau. Cogiéronlo ambos gendarmes, y su mujer le sostenía la cabeza. A la menor queja en que prorrumpía el moribundo, mandaba imperiosamente á los dos hombres que se detuvieran, lo que cumplían, á pesar de las furibundas miradas del comisario. De este modo tuvo que hacerse un descanso en cada peldaño de la escalera. El notario aparecía como un difunto correctamente vestido, á quien se llevaban. Con el conocimiento perdido, tuvieron que sentarle en el coche.

—¡Las ocho y media!—exclamó Gilquin, echando una última mirada á su reloj.—¡Demonio de comisión! No llegaré en todos los días de mi vida.

Ya estaba dicho. Feliz mil veces si conseguía hacer su entrada á la mitad del baile. Montó á caballo vomitando sapos y culebras y encargó al cochero que se alijerara. A la cabeza iba el simón á cuyas portezuelas galopaban ambos gendarmes; después, á algunos pasos, seguían el comisario y el sargento; por último, cerraba la marcha el cabriolé en que se encontraba la señora de Martineau. La noche se presentaba muy fresca. Por el camino gris, interminable, en medio de la adormecida cam-

piña, el cortejo pasaba, con el apagado rodar de las ruedas y la monótona cadencia del galope de los caballos. Ni una sola palabra fué emitida durante todo el trayecto. Gilquin se devanaba los sesos componiendo la frase que endilgaría al acercarse á la seductora mitad del provisor. La señora de Martineau se erguía á cada instante en su cabriolé, creyendo haber oído un estertor, pero gracias que llegara á percibir el ruido producido por la caja del cupé, negra y silenciosa, que marchaba delante.

Llegaron á Niort á las diez y media. El comisario, para evitar el paso á través de la ciudad, mandó echar por fuera de las murallas. En la cárcel hubo necesidad de tocar fuertemente la campanilla. Cuando el portero vió al prisionero que le llevaban, tan pálido, tan rígido, subió á despertar al alcaide. Este, que se hallaba algo enfermo, bajó en seguida en zapatillas; pero se incomodó de veras, negándose en absoluto á recibir á un hombre en semejante estado. ¿Se tomaban acaso las prisiones por un hospital?

—Una vez que se le ha prendido, ¿qué quiere usted que se haga?—preguntó Gilquin, fuera ya de sí ante aquel último é inesperado incidente.

—Lo que se quiera, señor comisario,—contestó el alcaide.—Yo repito á usted que no entrará aquí; nunca aceptaré tamaña responsabilidad.

La señora de Martineau se había aprovechado de la discusión para subir al cupé, junto á su marido. Propuso que se le llevase al hotel.

—¡Sí, al hotel, al diablo, á donde usted le dé la gana!—gritó Gilquin, hecho un veneno.—¡Ya estoy hasta los pelos! ¡Llevalo!

Llevó, sin embargo, su deber hasta acompañar al

depositario de la fe pública al hotel de París, indicado por la misma señora de Martineau. La plaza de la Prefectura empezaba á desocuparse; tan sólo los pilletes seguían saltando en las aceras, mientras que las parejas de burgueses, con toda calma, se perdían en la obscuridad de las calles adyacentes. Pero el resplandor de las seis ventanas del gran salón iluminaba todavía la plaza con la viva claridad de pleno día; los instrumentos de metal de la orquesta resonaban cada vez con más ahinco; las damas, cuyos desnudos hombros se veían pasar entre las entreabiertas cortinas, balanceaban sus moños, rizados á la moda de París. Gilquin, en el instante en que se subía al notario á una habitación del primer piso, columbró, al alzar la cabeza, á madama Correur y á la señorita Herminia Villecoq, que no habían dejado su ventana. Allí se encontraban, mirando á uno y otro lado, y enardecidas por los efluvios que se desprendían de la fiesta. Madama Correur, no obstante, debió de haber visto llegar á su hermano, puesto que se inclinaba en la barandilla con riesgo de venirse al suelo. Hizo una vehemente seña á Gilquin, y éste subió.

Y más tarde, ya hacia la media noche, el baile de la Prefectura alcanzaba su mayor esplendor. Acabábanse de abrir las puertas del comedor, en donde habíase servido una cena fiambre. Las damas, con los semblantes despidiendo chispas, se abanicaban, comían en pie y reían que era un encanto. Otras continuaban bailando, no queriendo perder ni un rigodón, contentándose con vasos de jarabe que les llevaban los mismos caballeros. Un polvillo luminoso se mecía en el ambiente, como si se desprendiese de los tocados del sexo hermoso, de las faldas y de los brazos con pulseras de oro

que se agitaban en el aire. Había allí demasiado oro, demasiada música, demasiado calor. Rougón, sofocado, se apresuró á salir, á una discreta llamada de Du Poizat.

Al lado del gran salón, en la estancia en donde las había visto el día anterior, madama Correur y la señorita Villecoq le esperaban, llorando ambas á lágrima viva.

—¡Pobre hermano mío, pobre Martineau!—balbuceaba madama Correur, quien ahogaba sus lágrimas con el pañuelo.—¡Ah! ya lo presentía, usted no podía salvarle... ¡Santo Dios! ¿por qué no le ha salvado usted?

Rougón quiso hablar, mas la dama no le dió tiempo.

—Hoy ha sido arrestado; acabo de verle... ¡Dios mío, Dios mío!

—No se angustie usted de ese modo,—dijo por último Rougón.—Se instruirá el proceso y confío que se le pondrá en libertad.

Madama Correur cesó de enjugarse las lágrimas; miró unos segundos, y exclamó con su voz natural:

—¡Pero si ha muerto!

Y enseguida volvió á su desconsolado tono y con el rostro escondido nuevamente en el fondo de su pañuelo.

—¡Dios mío, Dios mío!—¡Pobre Martineau!

¡Muerto! Rougón sintió que un ligero escalofrío le andaba por todo el cuerpo. No era dueño de articular una sílaba. Por la primera vez de su vida sentía un abismo abrirse ante él, hacia el cual, poco á poco, se le impelía. Ahora aquel hombre había muerto; nunca habría querido semejante cosa. Los hechos iban á veces demasiado lejos.

—¡Ah, sí! mi pobre y querido señor ha muerto—refería con interminables suspiros la señorita Herminia Villecoq.—A lo que parece, se han negado á recibirle en la cárcel. Entonces, en cuanto le vimos llegar al hotel en tan lamentable estado, madama bajó y forzó la puerta, gritando que era su hermana. Una hermana ¿no le parece á usted? tiene siempre derecho á recibir el último suspiro de su hermano. Es lo que dije á esa grandísima pícara señora de Martineau, que todavía hablaba de ponernos de patitas en la calle. Se ha visto obligada, no obstante, á dejarnos un lado al pie del lecho... ¡Oh, gran Dios! aquello terminó más que de prisa. Apenas ha agonizado una hora. Estaba tendido en la cama, vestido todo de negro; habríasele tomado por un notario que iba á un casamiento. Y se apagó como se apaga una vela, haciendo tan solo una pequeña mueca. Estoy en que no debe de haber padecido cosa mayor.

—¡Pues no me ha armado enseguida flojo belén mi señora hermana política!—contó á su vez madama Correur.—No sé á punto fijo lo que soltaba por aquella boca; hablaba de herencia y me acusaba de haber asestado á mi hermano el último golpe. Y yo le contesté: «Yo, señora mía, no habría permitido que se lo llevaran; ¡antes me habría dejado descuartizar por los gendarmes!» Y me habrían descuartizado, sí señor, tan fijo como se lo digo á usted... ¿No le parece á usted, Herminia?

—Pues ya lo creo—contestó la grandullona.

—En fin, qué quiere usted, mis lágrimas no le resucitarán, pero se llora porque no hay más remedio que llorar... ¡Pobre hermano mío!

Rougón no se sentía muy satisfecho que digamos, y logró retirar sus manos, de las que había

hecho presa madama Correur. Y continuaba sin ocurrírsele nada que decir, causándole repugnancia los detalles de aquella muerte, que le parecía abominable.

—¡Mire usted!—exclamó Herminia de pie ante la ventana,—desde aquí se ve la habitación, allí en frente, á la viva claridad, tercera ventana del primer piso... Se ve una luz detrás de las cortinas.

Entonces el gran hombre las despidió, en tanto que madama Correur pedía mil perdones, le llamaba su amigo y le refería el primer impulso á que había cedido, al venir á participarle la fatal noticia.

—Este asunto es muy desagradable—dijo Rougón al oído de Du Poizat, cuando volvió á entrar en el salón de baile, con el semblante todavía en extremo pálido.

—¡Eh! la culpa la tiene ese imbécil de Gilquin—contestó el prefecto, encogiéndose de hombros.

El baile se hallaba en todo su esplendor. En el comedor, del que se distinguía un rincón por la puerta abierta de par en par, el primer adjunto atiborraba de buenos bocados á las tres hijas del conservador de aguas y de bosques; mientras que el coronel del 78.º de línea bebía ponche, con el oído atento á las picardías que el ingeniero jefe de puentes y calzadas soltaba por aquella boca, mientras se atracaba de almendras de garapiña. El señor Kahn, junto á la puerta, repetía en muy alta voz al presidente del tribunal civil su discurso de por la tarde, sobre los beneficios que reportaría la nueva vía férrea, y esto en medio de un compacto grupo de hombres graves, como el administrador de contribuciones directas, los dos jueces de paz, los delegados de la Cámara consultiva de agricultura y de la Sociedad de estadística; todos se mantenían

con tanta boca abierta. En esto, en el gran salón, bajo las cinco arañas, un vals que la orquesta tocaba con estruendos de trompetería, mecía á las parejas, al hijo del administrador general de contribuciones con la hija del alcalde, á uno de los substitutos con una señorita vestida de azul. Pero una pareja, sobre todo, levantaba un murmullo de admiración; formábanla el comisario central y la esposa del provisor, garbosamente enlazados y girando con lentitud; Gilquin habíase dado prisa para vestirse con toda corrección, con frac negro, botas charoladas y guante blanco; la linda rubia le había perdonado su tardanza, languidamente apoyada en su hombro y con los ojos anegados de ternura. Gilquin hacía que se fijasen en sus movimientos de caderas, echando atrás su torso de diestro bailarín de bailes públicos, con puntas y ribetes canallescicos, cuyo delicado gusto entusiasmaba á la galería. Rougón, á quien la pareja por poco atropella, tuvo que arrimarse á la pared, para dejarle pasar, envuelto en una oleada de muselina estrellada de oro.

XII

Rougón había obtenido por fin para Delestang la cartera de Agricultura y Comercio. Una mañana, en los primeros días de mayo, fué á la calle del Coliseo, en busca de su nuevo colega. Debía de haber consejo de ministros en Saint-Cloud, en donde la corte se acababa de instalar.

—¡Calle! ¿nos acompaña usted?—dijo con sorpresa al ver á Clorinda, que subía en el landó enganchado al pie de la escalinata.

—Pues ya lo creo que pienso asistir al consejo—contestó la joven riendo.

Y luego agregó con seriedad, cuando hubo acomodado entre los asientos los volantes de su larga falda de seda color de cereza pálido.

—Me ha citado la emperatriz. Soy tesorera de una sociedad protectora de obreras, por la cual Su Majestad se interesa.

Ambos caballeros subieron á su vez. Delestang tomó asiento al lado de su mujer; llevaba una cartera de abogado, de tafíete, que sostenía en las rodillas. Rougón, con las manos libres, se encontró en frente de Clorinda. Eran cerca de las nueve y media, y el consejo estaba señalado para las diez. El co-